

## El Caballo Chileno

LA NOCHE estaba henchida de rumores, ebria de lejanas y misteriosas resonancias cuando el indio Lautaro saltó sobre los tibios lomos de una de las briosas y nobles bestias que el conquistador Valdivia había entregado a su cuidado. Las piernas de acero y la voz jubilosa adquirió una dulce inflexión cuando animó al animal para saltar la alta empalizada de troncos que rodeaba a la pequeña ciudad en formación. Latían los ijares poderosos y el bello estremecido también aspiró con ansias el aroma de la libertad y de la noche que se entregaba virgen a sus anhelos. Dentro del ancho corralón, oloroso a estiércol y a ramas desgajadas, las demás bestias se revolieron inquietas, y un potro mulato que llevaba como una estrella, una mancha blanca sobre la frente, alzó gallardamente la cabeza. Se revolvió resoplando con energía que lo estremecieron, y luego lanzó un relincho tan vibrante como una bandada de pájaros asustados, que hubieran sido sorprendidos en la levedad de su sueño por un ave de rapiña.

Era que volvía el indio en busca de otro de los caballos a quienes ya conocía todas sus costumbres. Sus pies desnudos escalaron la alta empalizada y su cuerpo con agilidad de simio saltó de nuevo sobre los lomos enérgicos de un potro andaluz de pura raza al cual puso de jáquima un firme boqui. Su cara de bronce sonrió a la noche que ocultó su felicidad entre su rumor de frondas. Así aquel indio que había de ser uno de los más grandes capitanes defensores de la tierra de América, fue haciendo salir a media docena de caballos, con los cuales sigiloso y feliz, buscó los caminos de la selva primero, para después lanzarse en loca carrera por en medio del valle, dejando ahora salir del pecho el alarido jubiloso que habría de despertar a todos sus hermanos de raza, que en el fondo de sus bosques, o en la orilla de los ríos azules se reunían sigilosos para deliberar sobre la forma cómo harían la guerra a aquellos osados hombres barbudos, entre los cuales venían monstruos de cuatro patas que corrían veloces y

se estrellaban con un valor inaudito con el enemigo sin conocer jamás el temor ni la indecisión.

Iba saliendo la luna, cuando el indio Lautaro, sintió que ya le rodeaba un silencio amigo y una soledad sin acechanzas. Sobre los altos cerros la luz suave resbaló envolviendo las altas copas de los robles, se hizo remanso de suavidad en el caudal transparente de los ríos, cinta azul en el horizonte lejano. Como alarido de un cuerno de caza el indio lanzó su grito estremecido por el gozo que llenaba su pecho, y muy pronto, mocetones de torso desnudo vinieron a su encuentro con el asombro en la mirada, al ver que uno de los hombres de su raza llegaba hasta ellos dominando a aquellas espantables bestias.

Desde esa noche lejana, en que un hombre ansioso y lleno de inquietud libertaria viajó por en medio de un pedazo de tierra americana montado sobre uno de aquellos animales que habían llegado con los conquistadores, el caballo ha sido el mejor amigo del hombre en nuestra tierra. Junto a los anchos corredores de las amplias casonas campesinas; amarrado bajo la sombra amparadora de un sauce, o asomando su cabeza de ojos inquietos e inteligentes a través de los cercos que le cierran el paso, es una nota típica que forma parte del paisaje chileno, como si ayudara a comunicarle simpatía y gracia.

Es verdad que no son estos los tiempos gloriosos del caballo chileno, los tiempos en que los Quilamutanos y Cuevanos rivalizaban en las justas campesinas, y en torneos de toda especie. Tampoco es posible afirmar que el caballo es hoy en día el nervio y el motor de más valor en el desenvolvimiento de las actividades nacionales, como lo fue hasta la segunda mitad del siglo pasado, época en que nada se podía hacer sin su concurso, pero no es menos cierto que para orgullo nuestro, el hacendado con un buen sentido que le honra ha ido manteniendo con amor la bella tradición del caballo chileno, que en otros tiempos tuvo en cada corazón un verdadero culto que no

era sino el justo reconocimiento que su generosa contribución al progreso del país merecía.

La civilización con todos sus adelantos ha relegado a segundo término, su prestigio y su leyenda. Un día un monstruo de acero negro y reluciente que corría sobre dos cintas de acero bruñido perforó la dulce paz campesina. Se acabaron los viajes en diligencias o en grandes coches. Desaparecieron las posadas que a lo largo del camino eran el refugio de los viajeros fatigados por las penurias de un viaje interminable. Ya no cruzaron apresuradamente los caminos polvorientos los chasques que iban en sus caballos veloces llevando la correspondencia urgente para las lejanas autoridades provincianas. Se perdió en la niebla del tiempo la leyenda hazañosa de los bandidos que dormían en medio de la selva con su caballo del diestro para bajar hasta los caminos a detener a los caminantes atemorizados, cuando las primeras luces del alba se proyectaban sobre la tierra. El ritmo quieto de toda una época moría estrangulado por la fiebre vertiginosa de la vida moderna. En las ciudades del automóvil que en un comienzo era un vehículo antiestético y lleno de inconvenientes, iba arteramente desplazando al hermoso coche tirado por una arrogante pareja de trotones que sacaban chispas de las piedras. Tampoco se vieron las alegres cabalgatas domingueras que entre risas y palabras jubilosas se iban a los alrededores, en busca de luz, de aire y de paisajes que reconfortaban el espíritu. El motor, la máquina, la electricidad fueron arrinconando al caballo, haciendo perder su categoría, alejando de lo cotidiano su bella y noble estampa que, afortunadamente, no ha perdido en el transcurso del tiempo, ni los reveses, nada de su gracia, ni de sus cualidades que le hacen un elemento indispensable dentro de la vida rural de nuestro país.

Quien haya vivido en el campo, quien haya amado y disfrutado de esa dulce paz campesina, sabe bien lo que dentro de esta quieta existencia significa la compañía del caballo criollo, noble y valeroso, dócil y sufrido, siempre compartidor de miserias y abundancias, pero en todo caso atento y listo a lo que la voluntad de su amo le exija. Puede decirse, si no es una herejía ocupar una palabra de tan alto significado, que tiene un alma gozosa para darse íntegro al servicio de aquel que le alimenta, de aquel

que le cuida, del que le enseña sin enojo y le requiere con afecto.

De este caballo nuestro debemos sentirnos orgullosos. Descendientes de los esforzados caballos andaluces que trajeron los conquistadores heredó de aquéllos todas sus bellas cualidades de mansedumbre, de arrojo y de inteligencia. Los ricos pastos que nutrieron su sangre, le hicieron ágil y nervioso, resuelto y decidido en una circunstancia álgida en que su instinto le anuncia que es necesario su concurso para salir de un paso difícil, tranquilo y manso cuando la voz del amo así lo ordena. Del arrojo y de la energía con que se entrega a la voluntad del jinete, se podrían contar cientos de anécdotas. Cada soldado de los regimientos que hicieron las duras y heroicas campañas de la Sierra, en la guerra del Perú, seguramente hubiera podido contar más de una que pondría de relieve la gran calidad de su raza. En aquella campaña según datos minuciosos y exactos, remontando cordilleras, desde sus más altas cumbres hasta los más hondos abismos, los caballos chilenos hicieron un recorrido de más de 400 leguas. Para dar una idea de lo que significó como compañero del soldado en esas penosas jornadas, recordaremos a "Pedro José" el caballo que usó el heroico comandante don Roberto Souper y en el cual peleó en el asalto del Morro, en donde fue herido de muerte. Cuéntase que el comandante Souper, pocos días antes de morir hizo llevar hasta su lecho, a su caballo al cual acarició para despedirse, como si fuera su amigo más querido. Con la voz quebrada por la emoción, le dijo: Pobre "Pedro José", aquí tienes a tu amo que va camino de la muerte por un solo balazo y tu con cinco, estás tan fresco. . .

Nunca soldado alguno del ejército chileno, durante aquella guerra dejó de cumplir la comisión que se le encomendara por falla de su cabalgadura, que no obstante sufrir la diferencia de clima y de las grandes alturas a las cuales no estaba acostumbrado respondía esforzadamente a todo requerimiento. Y es necesario advertir que además de las peripecias de la guerra, era preciso luchar con las inclemencias del clima, que a cuatro mil metros de altura, muy a menudo, a más de la puna, desencadenaba sus huracanes y nevazones que ponían a dura prueba la fortaleza de nuestros caballos criollos.

Pero no es posible seguir hablando de nuestro caballo criollo, de ese fiel y heroico compañero del campesino, sin acercarnos más a conocer su vida. Para apreciarlo, es necesario que estemos junto a él, que nos sintamos galopando sobre sus fuertes lomos, o le veamos moverse en medio del paisaje chileno. Es ésta la mejor manera de poder apreciarlo en todo su valor, de dejarnos conquistar por su gracia y su destreza. Y para eso necesitamos del escenario propicio, ya sea junto a la vara que barnizan sus pechos robustos, o en la medialuna, en donde realiza sus mejores proezas.

Vámonos entonces por las alamedas del Valle Central, risueñas y olorosas, entre cuyo follaje cantan los pájaros, y vibran como invisibles instrumentos musicales, las cuerdas del viento azul. Bajo el oro del sol de diciembre que dora los trigales y llena de perfume los potreros en donde pastan los ganados. Es preciso que estemos en medio del mocerío entusiasta o de los viejos aficionados que comentan las incidencias de alguna fiesta en la cual su "manco" se lució tirando en rienda, o evolucionando en la medialuna rápido como el mismo viento, que se lleva jugueteón el sombrero de los mozos y revuelve las polleras de las muchachas, de pupilas ardientes y labios encendidos.

Sol y viento. Alegría en todos los rostros. Por el camino galopan los jinetes luciendo sus ponchos encendidos y sus pañuelos vistosos. La carreta que lleva a las cantoras hacia la medialuna se fue temprano llevando todo lo necesario para que no falte nada de lo preciso y la fiesta no se vaya a interrumpir. Junto a la medialuna ya hay una gran animación. Ondeán las banderolas, ensartadas en la quinchá, mientras en el corral cercano, el ganado que se correrá, se revuelve inquieto. Bajo los árboles los caballos cocean molestos, espantando los tábanos porfiados que les hostigan sin tregua. Y llegan las cantoras, y sus acompañantes que traen por lo "muy menos—según el decir campesino— sus dos kilos de cuerdas de repuesto". Ya los jinetes, ahora graves como si midieran la responsabilidad que les cabe en el lucimiento del torneo, esperan silenciosos junto a la entrada de la medialuna. De pronto la guitarra, vibra en el viento de la tarde. El pellisco de unos dedos morenos y apasionados le arranca acentos claros y hondos, que son como caricias o como palabras de amor.

Surge la tonada picaresca, graciosa y entonces también, abajo en la cancha espesa de tierra suelta, la faena comienza. Un jinete entreabre la estrecha puerta del corralillo mientras otro clava en los ijares a un novillo mulato que salta hacia afuera con ímpetu de ventarrón.

Como un formidable estampido resuena el grito de los jinetes que le esperan:

—¡Toro lobo!

Con brinco de felinos que se lanzan sobre su presa, los dos caballos corraleros caen sobre el novillo huracán que corre disparado junto a la quinchá. Uno en la paleta y el otro en la cadera los jinetes corren con una velocidad endemoniada. Ondeán los ponchos lujosos, que una artista del telar trabajara con primor allá en Doñihue. Brillan las hebillas de las altas botas de montar de los jinetes que van con el alma en vilo tras el novillo montaraz, hasta que de súbito bajo la bandera que se estremece bajo el rudo estrellón, el animal perseguido parece haber sido dado vuelta en el aire, por las dos nobles bestias que ahora cambiando de sitio lo persiguen de nuevo en dirección contraria. Y la hazaña se repite por segunda y tercera vez, como una especie de inconsciente exaltación en la cual no se mide el peligro, sino que se pone la voluntad en una entrega total, de esfuerzo, y de robusta energía que premia la concurrencia con una especie de alarido jubiloso, mientras una moza con una promesa en su mirada, obsequia a los jinetes, con un "potrillo" de chicha rubia, o de "tinto" en donde naufragan las frutillas. Estalla ahora la canción que desde el tabladillo saluda a los jinetes, que ahora pasean a sus bestias sudorosas, estremecidas de energía. Y la faena se repite a veces con brillo inusitado, que pone de relieve la noble elegancia de los jinetes, o el corazón de los caballos, que se tiran a matar contra la quinchá cuando el novillo sale demasiado forzado, o cuando su peso, aumentado por la velocidad, es casi imposible de dominar. Otras veces llenas de dramáticas incidencias en que ruedan caballos y jinetes, sobre los cuales se derrumba todo el peso del vacuno perseguido, que se debate en un pataleo enloquecido. Y así van saliendo las parejas, unas tras otras, los caballos maestros que corren sin riendas, bestias sin ningún resabio que no saben retroceder jamás.

Y cuando la tarde ya va entregándose rendida bajo la cortina de sombras que descienden lentamente sobre el campo, en-

tran los jinetes a tirar en rienda a sus caballos, que revuelven en un puñado de tierra o que detienen instantáneamente como si fueran máquinas de precisión que tuvieran la gracia robusta de la armonía en todos sus movimientos. En otras ocasiones los caballos ante el requerimiento súbito se lanzan unos contra otros, con tal ímpetu que dan la impresión de que se van a hacer astillas en el más feroz de los encontronazos. Empero, un leve movimiento de las piernas los desvía en el preciso instante del choque que parecía inevitable. No es precisamente la rienda, de la cual hace uso el jinete, sino de la voluntad que le transmite en alguno de los movimientos de su cuerpo, o en la voz que es al mismo tiempo caricia e imperativo.

De vuelta, por los caminos que llenan las sombras de la noche y el rumor misterioso de los campos, los caballos no dan muestras de fatiga. Por el contrario, parecen embriagados por el tumulto, por el vocerío de los hombres enardecidos que ponderan lo suyo sin achicarse jamás delante del más apuesto jinete. De allí salen las más estrafalarias apuestas. Cuando los tragos avivan, el entusiasmo hace que las discusiones se conviertan en reyertas, se puede observar mejor que en ninguna ocasión lo que el caballo encierra en valor, en agilidad y temeraria entrega a la voluntad del amo. Quien haya tenido ocasión de presenciar una riña entre los campesinos chilenos habrá podido darse cuenta de la capital importancia que tiene su caballo, frente a un trance de esta especie. Porque la noble bestia es entonces un solo cuerpo, con el del jinete, al cual ayuda y defiende, más guiado por su generoso y noble instinto, que por la inteligencia humana.

Pero en donde se manifiesta en mayor amplitud toda la noble y alta calidad de su raza, es en una de las justas campesinas chilenas que tienen más sabor típico: la topeadura. Junto a una vara alzada horizontalmente sobre dos recios troncos, el caballo chileno es la representación fuerte e impetuosa de la pujanza de sus músculos de acero, que oponen una valla inexpugnable al empujón de su contrario en una lucha de titanes silenciosos y jadeantes que se defienden y se acometen apoyados al recio tronco pugnando por desplazarse, por abrirse camino, llevándose por delante con los encuentros al caballo que se opone a su paso, y que se defiende con la misma fiera e indomable energía.

Es un cuadro animado y lleno de color que tiene todo el sabor de la tierra. Los jinetes que gobiernan a los soberbios animales, no hacen alarde de voz ni de movimientos. Es un duelo silencioso e impresionante por la recia voluntad que les nace del alma, como en un fiero trance de dominio. Como un batalla en que no es sólo la fuerza bruta la que lucha sino también el espíritu del hombre que se transmite a su animal. Pegado a la vara jadea, con los cascos apoyados en el suelo que va cediendo lentamente bajo la presión del esfuerzo enérgico y sin tregua, que se advierte en el copioso sudor que les inunda, y en el jadeo incesante que les hincha el pecho.

El que esto escribe, ha tenido oportunidad de presenciar en más de una ocasión esta justa criolla, en que el campesino pone toda la fe de su corazón en el triunfo. Los espectadores no hacen como en otras oportunidades demostraciones de ninguna especie. Con los nervios tensos, las pupilas brillantes y el rostro contraído por el ansia interior, que les llena el pecho, contemplan el espectáculo. Hasta que de pronto una de las bestias saca alguna ventaja. El peón lanza un grito enérgico golpeando al animal sobre la tabla del cuello rendida sobre la vara. El noble mechón brillante de sudor se alza un momento, los ojos son dos luceros elocuentes en donde se refleja una inteligencia casi humana que rinde su tributo de vida y generosidad. Y entonces apoyados sobre los remos traseros, con la curva tensa de los músculos se alzan sobre los encuentros, con el ijar henchido para dar el empuje final, hasta que uno pasa hacia adelante, como si fuera un torreón de carne palpitante de energías que avasalla y triunfa por fin, en un estallido potente de fuerza que nada pudo contener. Y entonces la tensión enorme de los nervios se suelta. Un tumulto alegre, un grito apasionado saluda al triunfador que pasea su poderosa fatiga por el ancho corralón mientras bajo el vibrante chasquido de las arpas y las guitarras estalla la tonada campesina en que hay siempre un grito jocundo de esperanzas. ¿Quién no recuerda más de uno de los nombres de estas magníficas bestias cuyo pecho jamás supo esquivar al enemigo? ¿Quién no sintió que un escalofrío de orgullosa alegría y satisfacción le brincaba en el cuerpo, cuando veía aparecer la estampa briosa del potro "El Trueño", la gracia robusta de "La Fama" o de la "Violeta" y el jadeo poderoso de "El

Fatal" o del "Curagua", cuando llegaban a ponerse junto a la vara para enfrentarse con su contendor?

Vivos, ágiles y nerviosos, los caballos criollos aparecen un día en la cancha, para medir su velocidad en una carrera a la chilena. Junto a las alamedas, son el alma vibrante y animadora de la fiesta criolla, que cobra especial animación y movimiento cuando salen disparados con sus livianos jinetes que los requieren con la voz y el acicate que no da tregua un instante.

Y un día salen del país, pequeños, tranquilos, casi sin presencia, porque su estampa no es de gran alzada, pero saben triunfar siempre en los grandes concursos internacionales, en donde han demostrado sus condiciones de primer orden como animales de salto. Un jinete que tenga corazón, sabe que entre sus piernas late otro corazón generoso que será siempre capaz de dar todo lo que le piden. Criado entre los

cerros, fue como un niño jugueteón que aprendió a salvar los más difíciles obstáculos. Son pocas las veces que el mechón que corona su cabeza inteligente se ha abatido ante una derrota.

Y es por eso que cuando el huaso, se torna sentimental influenciado por unos tragos, se abraza a su cuello para contarle sus ansias más recónditas, sus esperanzas más bellas. Es su hermano en la alegría de los triunfos y en las tristezas de los días oscuros cuando la miseria ronda el rancho como una fiera acechante.

El caballo chileno, es gracia expresiva, es energía brotada de nuestra tierra, y es el mejor adorno en el paisaje, ya sea cuando se encumbra por los audaces senderos de las serranías o cuando galopa por los caminos risueños del Valle Central.

*Presencia de Chile*. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1942. Págs. 219-231.